

[Al plenario del Comité Central y de la Comisión Central de Control del PCR (b)] (elecciones a los sóviets reanimación política burguesía)

**León Trotsky
Julio de 1926**

(Versión al castellano de Vicent Blat desde *The Challenge of the Left Opposition (1926-27)*, Pathfinder, Nueva York, 1980, páginas 119-125, donde el texto se ha abreviado “para evitar repeticiones”. “Los sóviets (consejos) rurales y urbanos surgieron durante la revolución como órganos representativos de los obreros y campesinos insurgentes. Dado que los sóviets se concibieron originalmente como un medio para movilizar a los trabajadores asalariados, a los campesinos pobres y a sus aliados entre los sectores pobres y oprimidos de la población con el fin de llevar a cabo las tareas de la revolución, la constitución rusa y las constituciones de las demás repúblicas habían privado explícitamente del derecho de voto a los empresarios que empleaban mano de obra asalariada o a las personas que vivían de los intereses del capital. Cuando la orientación hacia el campesino acomodado cobró impulso, esto se reflejó en cambios tanto en la política electoral como en la política agraria: a lo largo de 1924 se restablecieron los derechos electorales a los kulaks que empleaban mano de obra y arrendaban tierras. Las elecciones soviéticas celebradas en el invierno de 1925-1926 se caracterizaron por una participación agresiva de los elementos pequeñoburgueses de las ciudades y el campo, que incluyeron sobornos, amenazas y violencia física, en un intento por hacerse con el control de los sóviets. El pleno del partido de julio de 1926 examinó las elecciones de 1925-26 a través de una resolución presentada por Molotov y Kaganovich, que condenaba la ampliación del derecho de voto a los kulaks y otros elementos pequeñoburgueses, pero no formuló ninguna crítica sustancial a la política del partido en el período anterior. La referencia a la Internacional de Ámsterdam en la página 4 arroja luz sobre otra medida estalinista adoptada para intentar desacreditar a la Oposición. Ya desde 1923 se habían establecido contactos entre la Profintern (Internacional Sindical Roja, con sede en Moscú) y la IFTU (Federación Internacional de Sindicatos, con sede en Ámsterdam) en torno al tema de la unidad sindical. Cuando se hizo evidente que la IFTU no consideraría una fusión, los sindicatos soviéticos, a través de su Consejo Central de Sindicatos de toda la Unión, iniciaron negociaciones para ingresar en la Internacional de Ámsterdam. Trotsky observaba estos acontecimientos con inquietud, pues parecían ser una prolongación de la línea que seguía el Komintern en Gran Bretaña: buscar una alternativa al difícil camino de la construcción del partido a través de las atractivas perspectivas que ofrecían los grandes sindicatos liderados por los socialdemócratas. Las negociaciones se prolongaron a lo largo de 1924 y 1925, y solo llegaron a su fin cuando la IFTU se negó de manera inequívoca a seguir considerándolas. A pesar de la abierta oposición de Trotsky a las negociaciones y a cualquier conversación sobre la afiliación de los sindicatos soviéticos a la IFTU, Stalin difundió sistemáticamente el rumor de que la Oposición defendía un bloque con Ámsterdam (posiblemente basándose en que Zinóviev, al igual que prácticamente todos los demás líderes de la mayoría, había participado en una fase de las negociaciones en 1924). De manera similar, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, Stalin acusaría a sus oponentes de connivencia con Hitler, momentos antes de firmar el pacto Hitler-Stalin.”)

Al Pleno del CC y del CCC,

Votamos en contra de la resolución, presentada por el camarada Molotov en nombre de la mayoría del politburó, porque sus conclusiones políticas están en total contradicción con aquellos hechos de gran importancia que la propia resolución reconoce, aunque de forma edulcorada.

No cabe duda de que el estado de ánimo de los campesinos medios y de la pequeña burguesía urbana se ha vuelto incomparablemente más favorable de lo que era, no solo bajo el comunismo de guerra, sino también en los primeros años de la NEP. Sin embargo, sería inadmisibles subestimar los peligros que el elemento pequeñoburgués encierra en sí mismo para la revolución proletaria. El retraso de la industria respecto al desarrollo de la economía en su conjunto, que acelera la diferenciación social dentro de las aldeas y alimenta al comerciante privado, acentúa el papel económico y la confianza política de la

pequeña burguesía. En tales condiciones, menos que nunca es admisible ampliar los derechos de voto de los pequeños propietarios, orientar las políticas de las cooperativas hacia los estratos superiores de las aldeas o minimizar los peligros que se esconden tras estas tendencias.

Los hechos esenciales sobre las elecciones, según la propia resolución del camarada Molotov, son los siguientes:

(a) “El aumento de la actividad política de los obreros agrícolas y los campesinos pobres no ha seguido el ritmo del aumento de la actividad de otros sectores de la aldea”. Pero son precisamente los obreros agrícolas y los campesinos pobres quienes constituyen la base social del partido y del estado obrero en la aldea.

(b) En la ciudad, tal y como afirma la resolución, “se ha producido un notable aumento de la representación proporcional de la pequeña burguesía en los sóviets”. Esto supone un debilitamiento relativo de la representación en los sóviets del proletariado, es decir, de la clase dominante.

(c) [Se han producido] violaciones de la Constitución Soviética, en forma de instrucciones [electorales] que favorecen a los elementos pequeñoburgueses.

Sin embargo, es un error fundamental intentar presentar estos hechos esenciales como el resultado de circunstancias accidentales y errores individuales. La peor política posible es reconocer parcialmente ciertos peligros, con el fin de superarlos y pasar a las tareas inmediatas del día a día, es decir, continuar, en primer lugar, con las políticas que dieron lugar a esos peligros. Consideramos correcta, aunque formulada con exagerada cautela, la conclusión a la que llega el periódico central del partido: “Los resultados de la campaña electoral están, en cierta medida, en contradicción con la línea establecida por nuestro congreso del partido” (*Pravda*, 7 de julio, artículo principal titulado “Lecciones de las elecciones a los sóviets”).

Sin comprender la contradicción a la que se refiere *Pravda*, no se puede llegar a las conclusiones adecuadas. La contradicción radica en que nuestras directrices políticas generales declaran que el principal peligro es la presión excesiva de los obreros industriales, los jornaleros y los campesinos pobres sobre los kulaks y la pequeña burguesía en su conjunto, cuando en realidad el principal peligro ha resultado ser la presión ejercida por los kulaks y la pequeña burguesía.

El fuego del partido no se dirigió contra el peligro real, sino contra quienes advirtieron de este peligro con antelación.

Es erróneo achacar la culpa de la pasividad de los obreros agrícolas únicamente a su “falta de cultura”. La clase obrera y su partido libraron y ganaron una colosal guerra campesina apoyándose sobre todo en estos elementos del campo. En los últimos años, el nivel cultural de los estratos más bajos de las aldeas ha aumentado, no disminuido. Si, no obstante, su activismo político se ha quedado rezagado respecto al de los demás estratos, una parte significativa de la culpa recae en la incorrección de las políticas del partido...

Rechazamos enfática y categóricamente estas tendencias, que no han sido evaluadas adecuadamente en la resolución del camarada Molotov. Las cooperativas agrícolas se encuentran entre los instrumentos más poderosos en manos del partido y del estado para encauzar la agricultura hacia el socialismo. Poner este instrumento en manos de los estratos superiores de las aldeas equivaldría a transformar las cooperativas de instrumentos del socialismo en instrumentos del capitalismo.

Un requisito previo para elevar el nivel de activismo político entre los obreros industriales, los jornaleros agrícolas y los campesinos pobres, dado el nivel de cultura existente, es que el contenido de clase de las políticas del partido, y de todas las organizaciones estatales y públicas, debe salir al encuentro de dicho activismo más allá de la mitad del camino, fomentarlo y alimentarlo. El rumbo trazado hacia el campesinado

medio fuerte frena inevitablemente el activismo de los jornaleros agrícolas y los campesinos pobres. Las elecciones no han hecho más que poner de manifiesto este hecho. De lo que hemos dicho se desprende con toda claridad lo erróneo de la moción del camarada Kaganovich. Propone condenar a aquella parte del comité central y de la comisión central de control que advirtió de antemano contra las peligrosas desviaciones que reflejaban la presión del elemento pequeñoburgués, y que señaló oportunamente la necesidad de una política de industrialización más enérgica, una política más firme y correcta hacia los kulaks y, sobre todo, la creación de las condiciones para un activismo mucho mayor por parte de la vanguardia proletaria. Todo miembro del partido debe darse cuenta de que no podemos rectificar la línea del partido (en el sentido de una política proletaria más definida) si se lanzan ataques contra quienes defienden y sostienen esta política.

La burguesía y los mencheviques depositan ahora sus esperanzas principalmente en la degeneración de los sóviets, al igual que durante el comunismo de guerra depositaron sus esperanzas en la intervención militar. Las esperanzas de la burguesía y los mencheviques se basan en las tendencias capitalistas del desarrollo de nuestro país, en la desproporción [entre los altos precios de los productos industriales que la industria estatal cobra a los campesinos y los precios relativamente bajos que el estado paga por los productos agrícolas], en las “tijeras”, en el crecimiento de los kulaks, en el crecimiento de los elementos comerciantes privados y en la creciente influencia de los kulaks. Nuestras políticas tienen por objeto garantizar el predominio de los elementos socialistas en nuestra economía e impedir el más mínimo desplazamiento del poder real de las manos del proletariado y los campesinos pobres (en estrecha alianza con el campesino medio) a las manos de los elementos pequeñoburgueses que intentan arrastrar tras de sí a los campesinos medios y a los campesinos pobres, y que en parte lo están consiguiendo. Especialmente en el período actual, en el que se intensifica la desproporción económica entre la ciudad y el campo, debemos mantener una actitud vigilante ante cualquier indicio de reducción del peso político del proletariado dentro del sistema soviético.

Debemos dedicarnos continuamente a la crítica de nuestros propios errores, aunque nuestros enemigos estén observando. Inevitablemente, se aprovecharán de cada palabra de autocrítica. Sin embargo, quienes tratan de suprimir la autocrítica alegando la existencia del enemigo burgués prestan el mejor servicio precisamente a ese mismo enemigo. No es la crítica, sino el encubrimiento de los errores lo que realmente puede debilitarnos y ayudar a nuestros enemigos.

Rechazamos categóricamente la acusación de que hayamos utilizado estadísticas inexactas como base para nuestra crítica a la línea de la mayoría del politburó. Los procesos y tendencias políticas fundamentales que se revelan en las elecciones soviéticas son incuestionables, independientemente de la exactitud de uno u otro conjunto concreto de cifras, todas las cuales tomamos de las estadísticas del comisariado del interior o del propio comité central.

Por el contrario, consideramos profundamente erróneo todo intento de manipular las cifras con el fin de pasar por alto los procesos políticos fundamentales, de cuya evolución en una u otra dirección depende el destino de la dictadura proletaria.

El otoño pasado se llevó a cabo un experimento inadmisible de manipulación de estadísticas en relación con la cuestión del forraje y el grano, con el objetivo de camuflar la estratificación de las aldeas y minimizar el crecimiento económico de los kulaks. Todo lo que ha ocurrido en el ámbito de la política económica desde entonces (el vertido de cereales al mercado en primavera, por un lado, y las elecciones a los sóviets locales, por otro) constituye una advertencia de lo más contundente contra cualquier intento de manipular las estadísticas para que se ajusten a ideas políticas preconcebidas.

Rechazamos el intento de presentar nuestra lucha ideológica contra ciertos errores y desviaciones (y en defensa de una línea definida) como la lucha de un grupo fraccional dictada por ciertos motivos mezquinos.

Tales insinuaciones son insultantes para el partido en su conjunto y desacreditan a quienes recurren a ellas.

Del mismo modo, rechazamos todos y cada uno de los intentos de atribuirnos ciertas ideas e inclinaciones con las que no tenemos nada en común y que, en todo caso, están mucho más cerca de las opiniones contra las que luchamos, y de hacerlo en lugar de una crítica directa y abierta de nuestras opiniones reales, que hemos formulado de forma clara y precisa.

Solo la falta de respeto hacia las opiniones del partido en su conjunto puede explicar el intento realizado en un determinado artículo satírico de *Pravda* y en varios discursos del pleno de atribuirnos (mediante alusiones, insinuaciones y combinaciones inconexas) una actitud comprensiva o tolerante hacia propuestas tales como la cesión de la mayor parte de la industria estatal, o de sus elementos principales, al capital extranjero en forma de concesiones; la afiliación a la Internacional Sindical de Ámsterdam; ataques indiscriminados e indignos contra el Komintern; la oposición de la industria estatal al ruralismo, etc., etc. No tenemos la más mínima afinidad con tales ideas, ni la hemos tenido en el pasado, ni podríamos tenerla, teniendo en cuenta nuestras posiciones fundamentales. Solo la pobreza ideológica y la falta de discernimiento en la elección de las tácticas podrían dictar el uso de tales métodos para combatirnos.

Nos vemos obligados a señalar, al mismo tiempo, que, al atribuirnos opiniones que no tienen nada en común con las que realmente defendemos, los defensores del grupo dirigente no luchan en absoluto contra errores similares (o incluso más flagrantes) cuando son cometidos por partidarios de su propia fracción. No dudamos ni por un instante de que el partido separará el núcleo ideológico de la controversia del montón de basura amontonado sobre él, y de que el partido tendrá la última palabra tanto en lo que respecta a la esencia del asunto como a los métodos inadmisibles utilizados en el debate.

En conclusión, declaramos que las posiciones erróneas de la dirección, que hemos dejado claras, y los errores políticos que se derivan de ellas, no menoscaban en modo alguno, ni desde ningún punto de vista, la tremenda labor que el partido ha llevado a cabo en la educación y consolidación de las filas de las masas trabajadoras en la ciudad y el campo, en todos los ámbitos de la vida pública, especialmente en el ámbito de la construcción soviética.

Una corrección oportuna y clara de los errores brindará la oportunidad de ampliar aún más esta labor positiva y de vincularla aún más estrechamente con el proletariado y los campesinos pobres.

N. Múralov
N. K. Krúpskaya
L. Kámenev Yu. Piatakov
G. Zinóviev

M. Lachevich
Peterson
L. Trotsky

Edicions Internacionals Sedov
Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas)



germinal_1917@yahoo.es